

Por el derecho a la Locura

Señores:

La Ley y la Costumbre concede a ustedes el derecho de evaluar las mentes humanas. Se supone que ustedes ejercen, esta soberana y temible potestad con discernimiento. No se molesten si nos reímos. La credulidad de las gentes civilizadas, profesores y administradores atribuye a la psiquiatría una sabiduría ilimitada, sobrenatural. El caso de la profesión de ustedes está juzgado de antemano. No tenemos ni la menor intención de discutir aquí la validez de su ciencia, ni la dudosa existencia de las enfermedades mentales. Pero por cada cien pretenciosos diagnósticos patogénicos, en los que reina la confusión entre el espíritu y la materia, por cada cien clasificaciones, de las cuales solamente las más vagas se mantienen todavía en cierto uso, ¿cuántos nobles intentos se han hecho de aproximarse al mundo del espíritu, en el que viven tantos de los prisioneros de ustedes? Por ejemplo, ¿para cuántos de ustedes son algo más que un revoltijo de palabras los sueños de un esquizofrénico y las imágenes que le asedian?

ANTONIN ARTAUD

(De la carta a los directores de los manicomios).

Ya decía Kropotkin, allá por el año de 1894, que crecía desmesuradamente un monstruo capaz de empequeñecer el espanto de las prisiones convencionales: la casa de curación. El manicomio. Decía Kropotkin: "Cuando la revolución haya modificado completamente las relaciones entre el capital y el trabajo; cuando no haya ociosos y todos trabajemos según vuestras inclinaciones, en provecho de la comunidad, no necesitaremos ni prisiones, ni verdugos, ni jueces."

Esperanzas. Ilusiones muertas. Acribilladas por un paso del tiempo que, basamentado en criterio productivistas, en el desarrollo concebido como fórmula de acumulación capitalista, ha llenado nuestra época, este tiempo nuestro, de opresión, miseria, espanto, perseguidores, perseguidos, explotadores, explotados, doctores y... enfermos. Al calificativo de "rojo", "masón", "inmoral", "anarquista incendiario y destructor de todo orden establecido", hay que añadir uno más: Loco. Calificativo que, una vez adjudicado a quien no pase por el aro de la normalidad, convierte al infortunado receptor del término en el derrotado absoluto, en el receptor de esa dosis de violencia necesaria que, desde sus orígenes, la civilización ejerce como método de autoafirmación existencial y poderosa reafirmación del ejercicio del Poder. Mientras un opositor político será siempre reconocido, atendido, incluso por sus adversarios: mientras a un opositor político se le reconoce durante su reclusión ese su *valor político*, su aceptación del Medio en que ha combatido, aceptación del Medio al que se ha opuesto por cuanto la oposición, sobre todo a nivel de lucha política, no deja de ser una forma de integración, una forma de aceptación del Medio, el calificado de loco es condenado al olvido y al silencio, a la tortura más demencialmente civilizada, contra la que no clamará ningún comité, ninguna Asociación Internacional para la Amnistía, ningún partido político por muy a la "izquierda" que haya situado sus anhelos de conquistar el Poder. Lamentable y trágica coincidencia en el destino la de los "locos", y los denominados presos comunes".

Igual que a los llamados "presos comunes" o "delincuentes", no se les reconoce esa su resistencia, su militante resistencia, al "loco" tampoco se le reconoce su *resistencia existencial*. Si la acción del "delincuente común" puede enmarcarse dentro de la resistencia social por cuanto en un medio que promueve como máximos valores la competitividad y acumulación de plusvalía, obtenida del esfuerzo de los trabajadores que aceptan, incluso, su función de tales, su función de clase explotada, la acción (o no-acción, o acción al margen) del "loco" debe ser enmarcada en el derecho que como individuo debería tener el hombre a disponer de sí mismo, de sus ilusiones, de sus fantasías y deseos, de su vida. Pero

ocurre que un "loco" no es productivo. Ocurre que un "delincuente común" no es productivo, más bien es expropiativo, y ni siquiera acepta el papel asignado de "clase oprimida", de "trabajador". Sin más decide apropiarse de cuanto debería ser patrimonio de todos. Ocurre que un "loco", o un "delincuente común", actúan sin *ideales*, sin organizaciones ideologizadas que respalden su acción, actúan, ay!, al margen, por libre. Deciden combatir sin "ideas" el mundo que habitan, la sociedad que les martiriza y, naturalmente, no se elevan al clamor genérico ideologías y parlamentos para que gentes sin Dios y sin rumbo decidan hacer la vida y la contestación por su cuenta al margen de parlamentarios, al margen de ideologías, al margen de la felicidad ofrecida desde los cartelones publicitarios y las cadenas de producción con sus descansos programados, las vacaciones generosamente concedidas por quienes vacacionan trescientos sesenta y cinco días el año a costa de quienes apenas descansan un mes de cada doce.

LA PSIQUATRA

(De cuando la ciencia deviene en tormento)

Entonces, a medida que el progreso exigía la salvaguarda de lo conseguido por una clase a costa de la otra, se fueron creando los ejércitos, las prisiones, las policías, las leyes, los abogados, los profesionales. Se asignaron *status*. Nacieron, crecieron y se desarrollaron las burocracias. Se perfeccionó el lenguaje calificador. La enfermedad adquirió un papel determinante en el desarrollo social. Como dice Cioran: "*Cualesquiera que sean sus méritos, un hombre saludable decepciona siempre. Imposible acordarle crédito a sus dichos, imposible ver en ellos más que pretextos o acrobacias. No posee la experiencia de lo terrible que es la única que le confiere un cierto espesor a nuestros actos; y tampoco posee la imaginación de la desgracia sin la cual nadie podría comunicarse con esos seres separados que son los enfermos. También es cierto que si la poseyera, dejaría de ser saludable. No teniendo nada que transmitir, neutro hasta la abdicación, se hunde en la salud, estado de perfección insignificante, de impermeabilidad a la muerte y a todo lo demás, de falta de atención hacia sí mismo y hacia el mundo. Mientras sea un hombre sano se parecerá a los objetos; en cuanto deje de estarlo, se abrirá a todo y todo lo sabrá: omnisciencia del temor*". Es decir, en tanto la enfermedad confiere al mundo —a los seres—, dolor, el mundo y los seres viven. Por lo tanto, la vida ha de construirse en la enfermedad. Ella, la enfermedad, da el sentido de la tragedia, canaliza la furia, el dolor, de la civilización a sangre y fuego legada por el cristianismo. Y así, la enfermedad cumplía perfectamente los